



Homilía Misa Crismal - Martes 15 de abril 2025

Estamos viviendo un año jubilar, celebrando la alegría y el gozo profundo de ser cristianos, de formar parte del Pueblo de Dios, de caminar juntos como Iglesia, siendo parte activa de esta misión apasionante a la que Dios nos convoca...

Volvamos a la fuente es la propuesta para este año jubilar, como **peregrinos de esperanza**. Una gran oportunidad para **reavivar el don** que hemos recibido (2Tm 1,6). En primer lugar, el don del Bautismo. **Ser hijos y hermanos**, he aquí nuestra dignidad más profunda, nuestra **identidad**. Somos parte del pueblo de Dios, no estamos afuera del mismo, sino bien insertos en él, sacados *de detrás del rebaño*, como dice el profeta Amós (Am 7,15). Nos recuerda el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: “Jesús nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que **nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia**” (268). Hemos recibido en forma de semilla la fe, la esperanza y la caridad, virtudes teologales, que la Santísima Trinidad que habita en nosotros, nos anima a desplegarlas y hacerlas fructificar en nosotros y en nuestro pueblo, con ardor misionero y celo apostólico.

Además del Bautismo que nos da una pertenencia y una identidad común, se nos regaló este sacramento que hoy estamos celebrando junto a nuestro pueblo, el **ministerio sacerdotal**, que nos pone en una condición de servidores del sacerdocio bautismal que se nos ha confiado a todos. Ungidos para ungir, con el óleo de la alegría, especialmente este año, con el **óleo de la esperanza**.

Jesús, el ungido del Padre por el Espíritu Santo lleva adelante una **misión de esperanza**: *llevar la Buena Noticia a los pobres, anunciar la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos, proclamar un año de gracia* (Lc 4,18-19).

Estamos llamados, sobre todo en este tiempo, a ser **custodios de la esperanza**, de la *niña frágil esperanza* (C. Péguy) que, como rescoldo en el alma, necesita ser cuidada, alimentada para que ilumine y dé calor de hogar a nuestro ministerio y mantenga encendida la luz de la comunidad y de nuestra sociedad. Tenemos una luz que es tesoro, que es regalo para un mundo opaco, frío y desalentado. No podemos esconder estas brasas, ni dejar que se apaguen, ya que, como nos dice Jesús: *Si la luz que hay en ti se oscurece, cuánta oscuridad habrá* (Mt 6,23)...

Custodiar la esperanza, en primer lugar en nosotros. Cuántas cosas, a lo largo de nuestro ministerio atentan contra esta llamita de la esperanza: problemas, fracasos, incomprensiones, críticas, calumnias, nuestra propia

enfermedad, la cruz que cargan nuestros hermanos, la cruz de la indiferencia al mensaje que anunciamos, la cruz de nuestro propio pecado que empaña muchas veces el mensaje... Para Dios todo tiene redención, Él no considera a nadie ni a nada perdido... Que Jesús en este Jueves Santo lave nuestros cansancios del alma, el polvo de la desesperanza que se nos ha ido pegando en los caminos de nuestro ministerio, para que en la noche de la Vigilia, volvamos a resucitar, confiando en estas palabras bellas y esperanzadoras de la Escritura: *“Yo hago nuevas todas las cosas”* (Ap 21,5)... *“No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas; Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?”* (Is 43,19)... *“Sí yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva. No quedará el recuerdo del pasado ni se lo traerá a la memoria, sino que se regocijarán y se alegrarán para siempre por lo que yo voy a crear: porque voy a crear a Jerusalén para la alegría y a su pueblo para el gozo. Jerusalén será mi alegría, yo estaré gozoso a causa de mi pueblo, y nunca más se escucharán en ella ni llantos ni alaridos”* (Is 66,17-19)... *“El que vive en Cristo es una nueva creatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente”* (2 Cor 5,17). Y junto a nosotros, puedan resucitar también nuestras comunidades, ya que, al decir de los obispos en Aparecida: **sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia** (DA 201)...

¿Cómo cuidamos nuestra esperanza? ¿Cómo alimentamos nuestra alegría? ¿Cómo mantenemos vivos nuestros sueños? ¿Cómo custodiamos los sueños de nuestras comunidades? ¿Cómo avivamos ese fuego interior para que no se apague? Sin duda, **la oración cotidiana** es ese espacio vital para nutrir nuestra esperanza, para hablarle a Jesús de nuestros desalientos, fracasos, dolores, tristezas y, a su vez, de nuestros sueños y anhelos más profundos, de lo que nos entusiasma, de los que llena el corazón. En nuestra oración de intercesión, como pastores que *aman mucho a su pueblo*, llevamos también *los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias* (GS 1), las *lágrimas* de nuestro pueblo, para que Dios las recoja, como dice el Salmo, *en su odre* (Sal 56,9). En esa conversación íntima y cotidiana, nos dejamos reanimar por el Señor que consuela nuestras penas, que comparte nuestras luchas, que valora nuestra entrega, que nos anima a dar más, a vencer nuestros egoísmos, para entregarnos más. La **Eucaristía cotidiana**, celebrada con fidelidad e infinita confianza en su contundente fecundidad, es el espacio donde reposa nuestra vida, donde **reconocemos** al Resucitado que nos parte el Pan, nos vuelve a hacer **ardor el corazón y nos envía** en camino misionero hacia los demás. La **Reconciliación y acompañamiento espiritual**, otro espacio privilegiado para mostrarle nuestras llagas al Señor, en la sinceridad y la transparencia, para desenmascarar nuestras mentiras y dejarnos conducir, sanar y reanimar por la Misericordia infinita del Señor, que no se cansa nunca de perdonarnos. La **fraternidad sacerdotal**, que nos desafía a cuidar el **don de la vocación del hermano** y nos impulsa a **dejarnos cuidar**, a pedir ayuda con **humildad**, a comunicar nuestras tristezas y desánimos, en la confianza que se va afianzando en el compartir, en el hablar, en el **elegir participar activamente de los espacios comunitarios y fraternos**, rechazando la tentación del aislamiento, el

encierro, el mutismo, la queja, la crítica ácida, la apatía, el tedio... La fraternidad sacramental nos arriesga a la profecía del hermano con la que Dios nos quiere seguir moldeando, haciéndonos cada vez más suyos, sus compañeros, su propio Cuerpo, nuestro cuerpo presbiteral. El **entusiasmo por la misión** también alimenta nuestra esperanza, sabiendo que lo nuestro es sembrar, anunciar, proclamar, y luego confiar en la fuerza de la semilla que se siembra con pasión, a tiempo y destiempo, con palabras, testimonio, coherencia de vida, con silencios, escucha atenta, en ese ministerio oculto y cotidiano, que **Dios valora, aprecia y conoce**, aquellas humildes acciones que nos sacan de nosotros mismos y nos hacen generosos con los demás. Esos intentos cotidianos por no bajar los brazos ante las adversidades o la indiferencia de muchos, **abriendo nuevos caminos pastorales**, con **audacia creativa**, venciendo toda inercia y rutina que nos seduce a dejar de intentarlo, también son signos de esperanza.

Custodiar la esperanza en los demás, en el pueblo que se nos ha confiado. Por eso, estamos llamados a mirar con esperanza los signos de los tiempos, *poniendo la atención en todo lo bueno que hay en el mundo, para transformarlos en signos de esperanza*, según el decir de Francisco en la bula de convocación al jubileo (SnC 7). *En el año jubilar* – sigue diciendo el Papa- *estamos llamados a ser **signos tangibles de esperanza** para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria* (10).

El amor nos compromete a estar atentos unos con otros para ayudarnos a mantener encendidos nuestros fuegos, para sostenernos en la esperanza.

El diálogo, la escucha atenta, la participación sinodal, la fraternidad que podemos experimentar en el seno de nuestras comunidades, son signos de esperanza para una sociedad individualista, polarizada, violenta, que aplaude muchas veces los autoritarismos y los modos violentos de comunicarnos. La **opción preferencial por los más pobres**, en medio de una sociedad consumista que descarta, olvida y excluye, también es un signo muy contundente de esperanza. El testimonio de **perdón, reconciliación y misericordia** vividos en nuestras comunidades son signos fuertes de esperanza, que ayudan a creer que otro mundo es posible, haciendo nuestro aporte original en pos de una **cultura del cuidado y del encuentro**. **Nuestros vínculos**, nuestro modo de **comunicarnos** engendra esperanza en el corazón de la humanidad que anhela ese *cielo nuevo y tierra nueva* que ya comienza a gestarse desde ahora, en nuestra Iglesia que quiere ser anticipo y profecía de Reino. Nuestro amor ardiente por Jesucristo, expresado en el audaz anuncio de **“la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado”** (EG 36), es un signo de esperanza para aquellos que no encuentran un sentido en sus vidas, como un ancla segura que da firmeza a nuestra vida, y la encamina hacia un puerto seguro. **Abrazar la vida frágil y amenazada**, con todas sus implicancias, en este contexto de muerte y de descarte, es un testimonio de esa Vida más plena que todos esperamos alcanzar y que ya está presente entre nosotros, como dice Jesús: *el que cree en mí **ya tiene Vida eterna*** (Jn 5,24; 6,47). **Cuidar nuestra Casa común** con actitudes concretas de respeto, cuidado, contemplación,

sobriedad, solidaridad con los más pobres, engendra esperanza, actualizando la propuesta del Papa de una **ecología integral**, abrazando cordialmente las enseñanzas de su Magisterio en la *Laudato Si*, que está cumpliendo 10 años de su publicación.

Mientras nos encaminamos hacia la Pascua, que celebraremos con nuestras comunidades, queremos mirar a *Cristo resucitado y glorioso como la fuente profunda de nuestra esperanza* (EG 275). Como nos dice el Papa Francisco: *Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que **en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto**. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo (EG 276). La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva! (EG 278)*

Nuestra **entrega generosa**, nuestros **gestos gratuitos**, nuestras **nuevas iniciativas pastorales creativas, inspiradas en la pasión por anunciar el Reino**, nuestra **paciencia en la adversidad y en el sufrimiento**, nuestra **presencia cercana, tierna y compasiva**, nuestro **especial tiempo dedicado a los más pobres**, nuestra **oración perseverante y confiada**, y tantas acciones más se convierten en **signos de esperanza**, en luces, estrellas, faros, para que otros puedan creer, cuidándonos entre todos la esperanza y nuestros sueños más genuinos y profundos...

Dice el Papa Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza: *“La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son **luces de esperanza**. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza?”* (Spe Salvi 49).

Por eso, a María, Estrella de nuestra esperanza, haciendo nuestras las palabras del Beato Cardenal Pironio, le decimos:

«María, tú eres la mujer vestida de sol con la luna bajo sus pies, coronada de doce estrellas. Tú eres la mujer que nos ha dado a Cristo y a la Iglesia. María, coronada en el cielo como Madre y Reina nuestra, tú eres signo de esperanza cierta y de consuelo para nosotros, que todavía peregrinamos en la tierra. Danos un corazón sencillo y pobre como el tuyo para poder esperar verdaderamente. Danos un corazón orante y contemplativo para descubrir constantemente el paso del Señor en nuestra historia hasta que nos abramos al encuentro definitivo, en la visión. Danos un corazón lleno de caridad que viva en disponibilidad total a la voluntad del Padre y en servicio generoso a los hermanos. Danos un corazón sereno y fuerte para que gustemos la cruz pascual y contagiemos a los hombres la esperanza. Danos un corazón de discípulo para que escuchemos constantemente la Palabra, la acojamos en nuestro interior y la comuniquemos con alegría. Danos un corazón de peregrinos para caminar contigo, oh Madre y Señora nuestra, hasta el encuentro definitivo con el Hijo que nació de ti y reina con el Padre y el Espíritu por los siglos de los siglos. Amén».



+ Padre Juan Ignacio Liébana
Obispo de Chascomús